



APROXIMACIONES AL PARAÍSO





MEDIANTE APROXIMACIONES SUCESIVAS AL PARAÍSO, el predio ubicado en República de El Salvador 49 en el Centro Histórico de la Ciudad de México ha sido Oratorio de San Felipe Neri en el siglo XVIII, Teatro Arbeu en el siglo XIX y biblioteca de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público desde 1970.

En un episodio de extraordinario significado simbólico, los tres momentos parecieron confluír, como una fórmula malabar del edificio de la memoria. A la quiebra del Teatro Arbeu —en 1954— siguió el deterioro del edificio y con el paso del tiempo su obligada modificación, pues la antigua fachada de San Felipe Neri, el nuevo, había quedado oculta por la construcción que servía de vestíbulo —todo alfombras y luces— al Teatro. Al iniciar las obras para la remodelación del edificio diríamos original, el vestíbulo fue demolido, quedando una imagen teatralizada de un inmueble que se desprende de la piel de ladrillo y piedra que sirvió durante décadas como entrada al Arbeu. Quedó a la vista entonces la antigua fachada que había sido irónicamente protegida, si bien escondida y ajena a su condición primera. Los trabajos de restauración estaban destinados —hablamos de los últimos años sesenta— a la nueva sede de la biblioteca de la Secretaría de Hacienda, la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada.

Una mañana, bajo el rumor de los ruidos interminables de las herramientas de albañilería, se encontró la caja del tesoro o del tiempo. La ausencia de algunos trabajadores acaso resultó inexplicable para los maestros de obra. Sólo la fortuna o, si se prefiere, la providencia, permitiría conocer más tarde la historia completa. Uno de esos trabajadores llegó al Oratorio de San Felipe Neri, en San Miguel de Allende, y ofreció las hermosas piezas

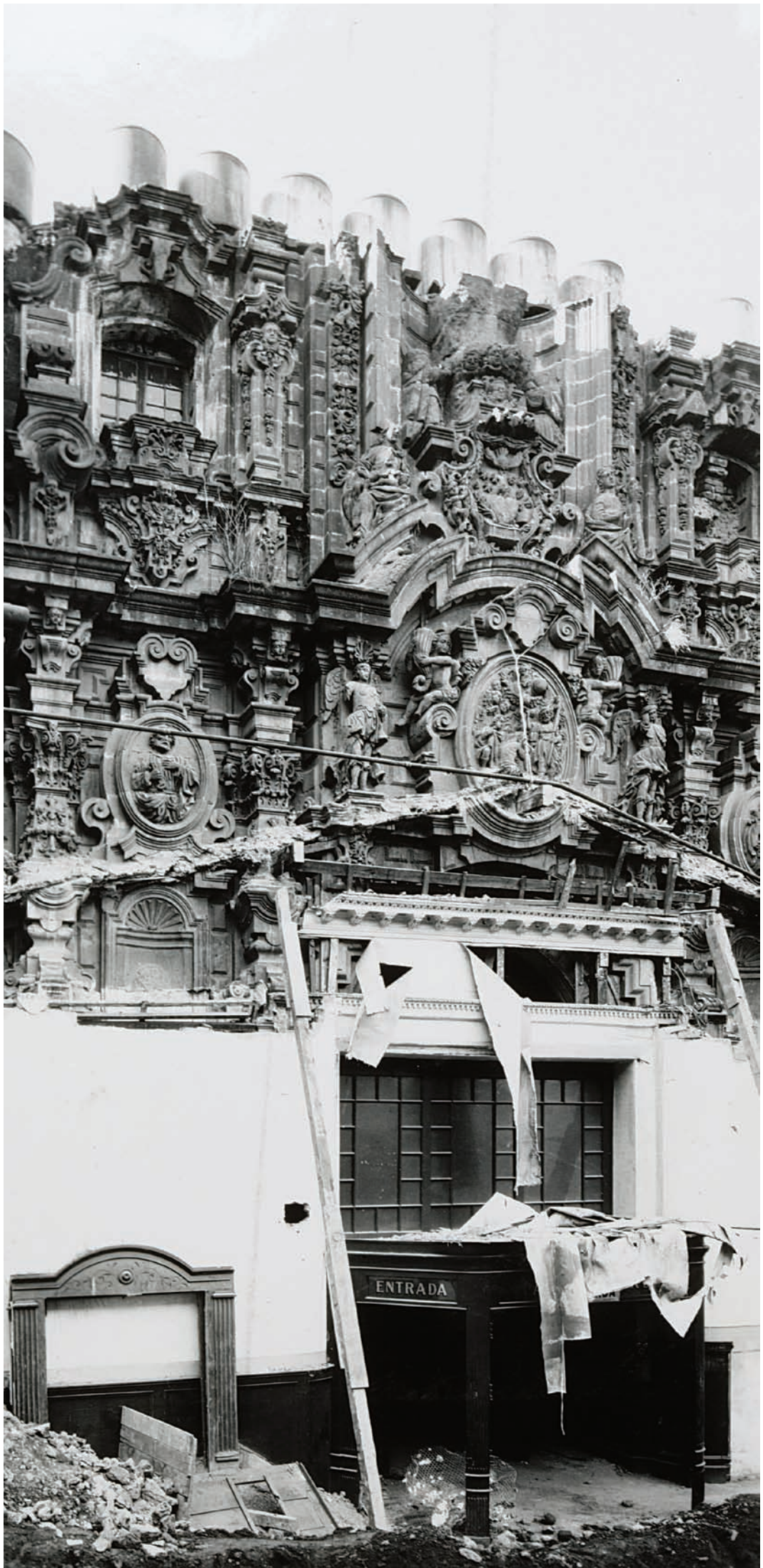
de plata colocadas por los padrinos del edificio en el siglo XVIII. Escuchemos la voz del pasado:

Con parecer de toda la congregación particular, fue que el padre don José Escontría determinaba, su gran celo, que el día de la Santísima Virgen de las Nieves se pusiese la primera piedra y el tesoro de nuestra iglesia nueva, con aquella solemnidad que pide la función tan regia, para lo cual se convidó al señor arzobispo doctor Manuel de Rubio y Salinas, y por padrinos a el Real Tribunal del Consulado, llenando esta función los señores capitulares y cantando la misa el señor Tesorero, dignidad actual de esta Santa Iglesia, y siendo su orador el señor magistral doctor don Juan José de Eguiara y Eguren, quienes nos honraron con una gran singularidad entre la pluralidad de perfecciones, que siempre sobran a tales héroes.³

Gracias a esta circunstancia afortunada —la mudanza de ciudad sin abandono— las piezas de plata se conservan hoy en el Oratorio de San Felipe Neri, la Profesa, donde oficia don Luis Ávila Blancas, C.O., heredero intelectual de los oratorianos del siglo XVIII. El Dr. Efraín Castro, por su parte, nos recuerda también que el sismo del 4 de abril de 1768 “[...] inutilizó las paredes del templo, lo que dejó a los filipenses con el templo del siglo XVII derrumbado y el del siglo XVIII apenas comenzado [sin techumbre]. Solicitaron y obtuvieron el templo de La Profesa, desocupado un año antes tras la expulsión de la Compañía de Jesús”.⁴

La aproximación al paraíso que ha cursado la historia singular del edificio de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, como puede comprobarse, tiene un inconfundible brillo de plata antigua, la sobriedad de la cantera y el te-zontle novohispanos, el eco de las funciones del Arbeu y la maestría mural de la obra de Vlady, que en horas de la tarde parece iluminar el registro infinito de las cosas del tiempo bajo la forma de los innumerables libros que resguarda la biblioteca de la Secretaría de Hacienda.























uarum,
stia Mexi:
Graduum 32
licet versus
nis, et a
versus
cripta.



EL SUEÑO DE VLADY



Ладья



VLADY, ARTISTA DE UNA ESTIRPE INTELECTUAL extraordinaria, fue hijo de Victor Serge, de quien acaso aprendió sobre todo a mirar y, según Edgar Morin, dio continuidad a su rebeldía.⁵ Para quienes trabajamos en la biblioteca fue un privilegio contar con la amistad de Vlady, como lo es trabajar con su obra más ambiciosa en los muros de San Felipe Neri a la vista. Su presencia en la biblioteca —espacio con el que soñó años antes de iniciar el proyecto de mural— es de una trama esencial, habita en los muros y entre los libros y le otorga un carácter único e irrepetible.⁶

“Cuando Vlady pinta —decía Carlos Monsiváis en 1999— es un artista. Pero cuando habla de pintura se convierte en ideólogo. De todos los artistas que he conocido, el más furiosamente comprometido con el mundo de las ideas es Vlady. Hoy podría decirse que el único”.⁷ En cierta forma ese vínculo entre la pintura y las ideas, entre el artista y el lector, cifra la presencia de Vlady en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada. El maestro no saludaba con las fórmulas manidas de la cortesía, sino que de inmediato preguntaba ¿qué estás leyendo? Él mismo era un lector voraz, de tal suerte que los libros —otra herencia de Serge— eran uno más de sus innumerables autorretratos.

Al aprecio o al desconcierto ante los murales, conviene escuchar y tener presente las palabras de Jean-Guy Rens: “para Vlady la metafísica impregna la historia. Hombre de trascendencia, con toda naturalidad le confiere al espíritu la tarea de rechazar el poder y la humillación que vienen con él. La espiritualidad es lo que funde al hombre, afirma Vlady. Aclaremos de una vez que no se acude a algún poder divino para fundamentar tal trascendencia, anclada por completo en la tradición humanista.

Lo que interesa a Vlady es el movimiento del espíritu que “crea a los dioses y hoy tiene que inventar al hombre y tal vez, después, superarlo”.⁸

Quien desee acercarse a la obra de Vlady tiene en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada su estación central; en horas de la tarde los murales encienden su bujía y dejan ver lo que el maestro afirmaba del color y su “gloria luminosa”,⁹ horas durante las cuales el grafito de todo lápiz 6B convoca a Vlady o a su fantasma.

De Vlady acaso pueda repetirse lo que Edgar Morin decía de Victor Serge: “todo lo que esa vida representaba, ese destino que había conservado, en el tumulto del siglo, una brújula”.¹⁰



